

Un nuevo abordaje para la estratificación en las micro-interacciones de la vida cotidiana: la estratificación situacional.

Julio César Estravis Barcala.

Cita:

Julio César Estravis Barcala (2011). *Un nuevo abordaje para la estratificación en las micro-interacciones de la vida cotidiana: la estratificación situacional*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/544>

Un nuevo abordaje para la estratificación en las micro-interacciones de la vida cotidiana: la estratificación situacional

Julio César Estravis Barcala

Estudiante de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

juliocesareb@hotmail.com

Resumen

Los estudios de estratificación social analizan cómo se organizan en términos de jerarquía y prestigio las desigualdades inherentes a todas las sociedades humanas. Metodológicamente regidos por el paradigma cuantitativo, no es usual encontrar en esta tradición abordajes de las micro-situaciones de la vida cotidiana en que dichas desigualdades son concretamente experimentadas por las personas. “¿Son capaces las teorías sociológicas actuales de aprehender las realidades actuales de la estratificación?” Partiendo de dicha pregunta de Randall Collins, recorreré la solución que él propone para analizar las micro-interacciones cotidianas: la estratificación situacional. Traduciendo a nivel micro las nociones weberianas de clase, estatus y poder, el autor sostiene que, en el transcurso de los rituales de interacción que sostenemos en nuestra vida, las macro-jerarquías que nos muestran las estadísticas de estratificación social no se ven traducidas a modos de actuar cotidianos. Desde la interacción entre un camarero y sus clientes hasta políticos de alto nivel desenmascarados por *dealers* del bajo fondo, la pirámide se ve constantemente desafiada. Asimismo, agrega, la prioridad conceptual debe estar más en los datos microsituacionales que en los macro-agregados. De modo básicamente expositivo y apoyándome en dos ejemplos de mi propia experiencia reciente, sostendré que la estratificación situacional debe ser adoptada como una teoría complementaria a la tradicional estratificación cuantitativa para profundizar empíricamente esta rica área de investigación sociológica.

Palabras clave: estratificación social – rituales de interacción – micro-sociología – metodología cualitativa – teoría sociológica

INTRODUCCIÓN*

La estratificación social es, por un lado, una elaboración teórica a modo de “programa de investigación” (Lakatos, 1983; Goldthorpe y Marshall, 1992: 382), desarrollado mayormente a partir de métodos y datos cuantitativos; por el otro, es un aspecto de todas las sociedades humanas de las que se tenga noticia a lo largo de la Historia.

En palabras de Rosemary Crompton (1994, cit. en Jorrot, 2000: 26), “[t]odas las sociedades complejas se caracterizan, en un grado variable, por la desigual distribución de las recompensas materiales y simbólicas. El [término] 'estratificación social' (...) describe estas estructuras sistemáticas de la desigualdad”. Para Anthony Giddens (2001: 363), asimismo, la estratificación se refiere a las “desigualdades estructurales que existen entre diversos grupos de personas”.

Vemos que estas dos definiciones coinciden en una característica esencial de la estratificación: pertenece al rango de lo (o contiene un fuerte componente) “estructural”. Para estudios de estructura, la literatura metodológica recomienda la adopción de métodos cuantitativos (por ej.: la investigación cuantitativa se vale de la “deducción en el diseño”, partiendo de un mayor nivel de abstracción en la teoría sustantiva buscando acercarse a la realidad empírica, siguiendo un modelo de análisis “causal” en la relación de las variables (Sautu *et al.*, 2005: 40).

En el inicio de la preocupación por la estratificación, entonces, ha estado la preocupación (política) por la *desigualdad*. Tan fuerte ha sido el desarrollo de estos estudios y tan innegables sus descubrimientos, que muchos han planteado que “el estudio de la estratificación social es tan central para la sociología como el estudio de los sistemas de parentesco es a la antropología” (Runciman, 1974; cit. en Sørensen, 1996: 1334). Esta área de estudios, continúa Sørensen, “ha sido el terreno de las más importantes innovaciones metodológicas recientes en sociología, particularmente en el desarrollo de técnicas estadísticas para análisis de datos cuantitativos (modelos causales, análisis de regresión y análisis log-linear)” (ibídem).

Hay autores, por otra parte, que desde diversas fuentes teóricas y metodológicas también se han interesado por la clase; particularmente por “cómo es efectivamente vivida la clase social [y] cómo constituye nuestro mundo interior”, para así “ensanchar las conceptualizaciones de la clase” (Reay, 2005: 913).

Estos enfoques habían sido antiguamente descartados por los estudios de estratificación social como “un asunto micro”, en el mejor caso confinándolos a “sub-disciplinas de la psicología, como la psicoterapia” (ibídem). Pero en los últimos años, investigaciones sobre identidad de clase, experiencia y conciencia (Bottero, 2004; Reay, 1998, 2005; Sayer, 2002; Crompton y Scott, 2000) , así como trabajos que combinan abordajes cuantitativos y cualitativos (Savage, 2000) han posibilitado una renovación de los estudios de estratificación –eso sí, a costa de cambiar algunas definiciones establecidas.

Los nuevos focos de la estratificación social

En primer lugar, el propio concepto de “clase” es redefinido y puesto en duda. ¿Puede seguir siendo la clase el concepto omniabarcativo, objetivo, capaz de explicar todos los comportamientos sociales, como alguna vez se creyó? Mientras autores como Crompton (1994; cit. en Bottero, 2004: 986) proponen un concepto “plural”, de modo tal que abarque “un amplio rango de problemas asociados con la desigualdad y la diferenciación social”, otros ven en ese pluralismo el riesgo de perder “las profundas incertezas conceptuales, metodológicas y empíricas alrededor del concepto de clase” (Savage, 2000: 8).

La historia se ha encargado de mostrar, por sí sola, las falencias del enfoque marxista tradicional que desde el *Manifiesto comunista* de 1848 predecía que las posiciones objetivas de clase, tras procesos de concientización y acción revolucionaria, llevarían al extremo las contradicciones de la sociedad capitalista y abolirían las clases. En un estudio ya clásico, dos de los investigadores

más importantes de la investigación cuantitativa en estratificación social enumeraron algunos de los postulados del análisis marxista de clase que, para ellos, se chocaban con las realidades de fines del siglo XX (Goldthorpe y Marshall, 1992). Entre ellos estaban, por ejemplo, la afirmación de que “las relaciones de clase serán exclusiva y necesariamente antagonistas” y de que “individuos que compartan posiciones de clase similares (...) desarrollarán automáticamente una conciencia compartida de su situación y serán, uno por uno, motivados a actuar en conjunto en busca de su común interés de clase” (ibíd: 383). Aún cuando los enunciados de Goldthorpe y Marshall son esquemáticos y han sido objeto de críticas por parte de marxistas ofendidos (por ej. Gubbay, 1997), hay que admitir que el marxismo efectivamente postula la lucha de clases como algo consustancial a la Historia humana (*por ahora*) y que la acción de clase está basada, en algún punto, en una situación objetiva de cara a un futuro (tras los dos principios antedichos, respectivamente).

En segundo lugar, los análisis tradicionales cuantitativos persisten en su ignorancia y desdén hacia los aspectos emocionales y situacionales de la experiencia de clase. Así como, del otro lado, muchos de los investigadores cualitativos en el campo de las emociones descalifican a la clase, considerándola inexistente o irrelevante, los sociólogos que sí aceptan su importancia de la clase en el mundo de hoy “la estudian en condiciones tales que pierden gran parte de su relevancia experiencial” (Sayer, 2002: 1.5).

Nos encontramos así en una encrucijada. Antes de pasar a la próxima sección, quisiera mencionar una de las discusiones más fértiles, en mi opinión, que se están dando en la actualidad en el mundo académico. Se trata del problema de la “identidad de clase”. Estudios empíricos como Reay (2005), Bottero (2004) o Savage (2000) parecen indicar que la visión de la clase como ese colectivo fuerte y activo que abarcaría a todos por igual ha sido abandonada por las personas. La clase, dice Bottero (2004) pasa a ser experimentada ahora en términos jerárquicos más que oposicionales; individuales más que colectivos; y tras una auto-identificación implícita más que explícita. La autora (ibid: 1000) propone mantener el término “clase” para referirse a aquellas situaciones (reclamos políticos, sindicales) en que se hace referencia al sentido colectivo, explícito y oposicional, básicamente económico, del término; mientras que hoy en día podríamos describir a los otros fenómenos, más comunes, en términos de “estratificación social” o simplemente “jerarquía”.

UN MODELO SITUACIONAL DE ANÁLISIS SOCIAL

El programa de la estratificación situacional surge ante la inadecuación de las teorías tradicionales, revisadas más arriba, para analizar las micro-situaciones de la vida cotidiana en que se manifiestan muchas de las diferencias de jerarquía en la sociedad contemporánea. Basadas en estadísticas a las que conceden un “estatus de realidad objetiva”, Randall Collins (2009: 349) sostiene la “prioridad conceptual (...) [de] los datos microsituacionales”. Esto no significa que los datos macro no tengan validez, sino que “por más estadísticas y datos de encuesta que amontonemos, no obtendremos una imagen precisa de la realidad social a menos que reinterpretemos esa información en el contexto de su base micro-situacional” (ibídem).

Sin embargo, la estratificación situacional no es un *deus ex machina* generado para solucionar todos los problemas de la sociología sin mayor fundamento que el de estar en desacuerdo con el modelo dominante: su desarrollo se inserta en la teoría sociológica desarrollada por el autor, llamada “teoría de los rituales de interacción” (TRI).

La teoría de los rituales de interacción

En términos de historia del pensamiento sociológico, la TRI de Randall Collins se ubica en la línea del último Durkheim (el de *Las formas elementales de la vida religiosa*) y, más fuertemente, de su continuador (y maestro de Collins) Erving Goffman. Pretende fundar una “microsociología radical”, tomando como objeto de análisis no al individuo sino a *la situación*: el encuentro cara-a-cara, situado en tiempo y espacio, “entre cuerpos humanos cargados de emociones y conciencia” (Collins, 2009: 18). Si el objeto de análisis de la estratificación tradicional es la sociedad toda, ya habría aquí una diferencia.

Un ritual de interacción (RI), entonces, es una situación en la que dos o más personas se encuentran corpóreamente y realizan una serie de acciones más o menos pautadas y coordinadas. Es “un mecanismo que enfoca una emoción y una atención conjunta generando una realidad temporalmente compartida” (Collins, 2009: 21). Desde un obrero en una fábrica hasta un poeta en lucha con sus musas constituyen RI¹, lo que los hace un mecanismo muy eficiente de aprendizaje social. Es de esta tradición durkheimiana que Collins toma el término “ritual”: esas reuniones y celebraciones colectivas a partir de las que, el francés postuló, una sociedad se celebra a sí misma y refuerza su orden moral.

Goffman efectúa la “bajada” a situaciones micro, contemporáneas y urbanas de los rituales durkheimianos –son célebres sus libros *Behaviour in public places* (1963) y *Relations in public* (1971), entre otros. Según sus investigaciones, “quien manipula bien los rituales normales de solidaridad, deferencia y decoro situacional obtiene ventajas individuales” (Collins, 2009: 40). Los rituales en Goffman ocurren en situaciones de copresencia situacional, poseen un foco de atención común, presionan para mantener la solidaridad social y la conformidad, honran lo valorado socialmente (los “objetos sagrados” para Durkheim) y despiertan “incomodidad moral” cuando el decoro se rompe.

Collins propone su TRI tomando como base esos dos desarrollos previos e introduciendo un concepto central: el de *energía emocional* (EE). Todo RI exitoso redundará en un aumento de la EE de sus participantes; los fallidos, por el contrario, causan su estancamiento o disminución. El concepto de EE es tomado de Durkheim, quien se refería así a la energía en los individuos que proviene de la sociedad (Collins, 2009: 60-1). Es “un sentimiento de seguridad en sí mismo, de coraje para arrojarse a la acción, de audacia en la toma de iniciativas” (ibíd: 61).

A nivel formal, Collins propone que los componentes de los RI son cuatro: copresencia corporal, demarcación frente a otros, un foco de atención común a todos los participantes y un estado emocional compartido. Son estos dos los

que, en retroalimentación, determinan el éxito o fracaso de un ritual, actuando sobre la EE. En el Gráfico 1 podemos ver la relación de estos elementos.

G01

Para que “arranque” el RI deben superarse los “umbrales” de humor compartido y foco de atención (Collins, 2009: 199). En efecto, no todas las situaciones son RI, aunque Collins está a veces muy cerca de postular esto. En los rituales enmarcados en el análisis de la estratificación situacional, los umbrales son superados en situaciones en las que se evidencia una desigual posición de poder y jerarquía entre los participantes; es entonces cuando se inicia la retroalimentación intensificadora del foco de atención y el estado emocional compartidos. Más adelante, con los ejemplos, calculo que todo quedará más claro.

En el capítulo dedicado a explicar en detalle la dinámica teórica de los RI, Collins se pregunta en qué medida son necesarios cada uno de los cuatro elementos básicos. De especial interés es la discusión sobre la copresencia corporal-física de los participantes. Consciente de la creciente importancia de los medios telemáticos e informáticos de contacto personal (redes sociales, chat, correo electrónico) e, incluso antes, de los “antiguos” medios de comunicación (teléfono, carta), aventura que lo que fallaría en estos RI “a distancia” es, justamente, la retroalimentación. Sin embargo, un ritual no-corporal, de ser masivo, funcionaría mejor que rituales “físicos” a pequeña escala. Todo depende del grado de consonancia emocional y atención común que produzcan para aumentar la EE de sus participantes.

LA ESTRATIFICACIÓN SITUACIONAL COMO “RITUAL DE INTERACCIÓN”

Llegado este punto de la exposición, el lector desconocedor de la TRI de Randall Collins podría encontrar extraño que tenga una aplicación en el campo que nos convoca en esta mesa. La TRI coloca su foco en ese lugar ignorado por los modelos tradicionales de estratificación social: *las emociones*. En efecto, “los RI se inician a partir de ingredientes emocionales (...) que intensifican mediante el enardecimiento colectivo que Durkheim denominó 'efervescencia colectiva' y resulta en otros tipos de emociones” (Collins, 2009: 145). En cuanto a la estratificación, ya hace más de 70 años decía Louis Wirth, en su clásico trabajo sobre el modo de vida urbano: “La interacción social entre tal variedad de tipos de personalidad en el medio urbano tiende a quebrantar la rigidez de las líneas de casta y a complicar la estructura de clase, induciendo así un marco más ramificado y diferenciado de estratificación social del que se encuentra en sociedades más integradas” (Wirth, 1988: 175). La “complicación”, como no podría ser de otra manera, se ha acentuado.

La intención del análisis de estratificación situacional es colocarse en esas ocasiones en las que las experiencias cotidianas de desigualdad social son vividas. Una de estas experiencias, qué duda cabe, es la “situación de encuesta” a partir de la cual se obtienen los datos para los tradicionales análisis de clase, estatus y prestigio. Collins (2009: 350) se pregunta si el consenso sobre que ser científico es más prestigioso que ser mecánico “expresa algo más que la respuesta usual de la gente cuando se le proponen preguntas extremadamente

abstractas y fuera de contexto”; efectivamente, las personas no van por la vida preguntándose por la estratificación social, pero sí se ven involucradas en constantes RI en los que la desigualdad se revela.

No digo, sin embargo, que los datos cuantitativos sean inútiles, sino que la contribución de la estratificación situacional está en “traducir todos los fenómenos sociales [en términos de] distribuciones de microsituaciones” (ibid: 352). Como ejemplo pone el caso de la educación: la correlación entre renta y años de educación oculta la heterogeneidad de estos, suponiendo que tienen una validez universal en todos los RI de la vida de los individuos (ibid: 351); en verdad, tanto los años de educación como los demás indicadores clásicos de posición de clase son un tipo particular de moneda de Zelizer.

Los circuitos de Zelizer y su uso en la estratificación situacional

Se llaman “circuitos de Zelizer” a los conjuntos de RIs en los cuales la posesión de cierto bien o característica personal es tomada como símbolo de clase, estatus o poder; esa “moneda” o “valor de cambio” particular solo será válida en determinado circuito. Su nombre proviene de Viviana Zelizer, la investigadora que a partir de su trabajo *The social meaning of money* (1994) inauguró toda una nueva senda de análisis para la microsociología y la sociología económica.

Dos ejemplos servirán para aclarar el significado del término y establecer su pertinencia para el análisis de la estratificación situacional.

El primero tiene que ver con la educación. Los años de educación, dice Collins, no son igualmente válidos para todos: así, tres o cuatro años en una “prestigiosa universidad privada” pueden ser mucho más relevantes en términos de futuro ocupacional que seis o siete en una pública. Nótese que lo que importa aquí es la cadena de rituales de interacción (CRI) en que desembocará: en un ámbito de sociabilidad reducido y “privado”, la retroalimentación de estado emocional y foco de atención común será más fuerte en el primer caso. Así, la educación funciona como una moneda de Zelizer con distintos valores en los distintos circuitos de intercambio (Collins, 2009: 351).

El segundo ejemplo es más claro y servirá como introducción al núcleo del argumento. Pensemos en los sectores adinerados cuya riqueza proviene de activos financieros. Alcanzado un cierto nivel, dice Collins (2009: 354), “[e]s casi imposible transformar cantidades extremadamente grandes de riqueza en experiencias de consumo”. Así, el carácter simbólico del dinero se revela en su plenitud: se convierte en una moneda de Zelizer que “permanece muy próxima a su origen” (ibídem), es decir, solo sigue generando dinero. Pero, a nivel de la TRI, se ve claramente que la EE generada por estos rituales reside precisamente en “pasarse día y noche hablando por teléfono, negociando excitantes transacciones” (ibídem).

UN MODELO WEBERIANO: CLASE, ESTATUS Y PODER

El modelo que Collins elige para trasladar al nivel micro sus categorías de análisis de estratificación, lo dice muy claramente, es el weberiano de clase, estatus y poder. En Weber, el concepto de “clase” estaba asociado a una posición

exclusivamente económica que no entrañaba *necesariamente* (como en Marx) una relación social, instaurada en un modo de producción según el estado de las fuerzas productivas. El estatus, por otro lado, remite a un grupo que “comparte un estilo de vida cultural, una identidad social reconocida y un honor o rango social público e incluso legalmente reconocido” (Weber, 1968: 932-33; cit. en Collins, 2009: 360). En cuanto al poder, el autor distingue entre Poder-D (poder de mando, o de recibir deferencia), más asociado al nivel microsituacional; y Poder-E (poder efectivo), que se ejerce a distancia y es en gran medida macro. A continuación desarrollaré cada una de estas dimensiones resaltando su importancia para la estratificación situacional.

Las clases económicas

Como se puede apreciar en el ejemplo de los ricos financieros, la visión que tiene Collins de una estructura de clases económicas es la de “una pluralidad de circuitos de dinero utilizado para activar ciertos tipos específicos de relaciones sociales” (2009: 355). Al estar muy arriba en la pirámide, solo una pequeña proporción de la riqueza es destinada al consumo; la mayor parte va a los circuitos de Zelizer destinados a generar más dinero (y EE). Cuanto más abajo miremos, el porcentaje de dinero destinado a consumo será mayor. En este punto, sus conclusiones son similares a las de los trabajos econométricos.

Así, cada clase tiene un RI que le corresponde para colocar su dinero (y aumentar su EE). Los rituales de clase alta-financiera son, como vimos, bastante auto-contenidos; una de sus únicas salidas, dice Collins (2009: 354-55) es la de donaciones y fundaciones de bien público (caso Rockefeller, Soros, etc). En términos rituales, se trata de “cambiar riqueza por honor” (ibid: 354).

A continuación, el autor aventura una clasificación de las clases económicas de la “sociedad actual” (esto es, ya que no aclara, el capitalismo avanzado estadounidense) en términos de los circuitos de intercambio que generan:

1. La élite financiera ya mencionada, cuyos miembros participan personalmente en transacciones de capital activo.
2. Una clase inversora proveniente de lo que tradicionalmente llamaríamos el segmento inferior de la clase alta y el superior de la clase media, que entra en el juego financiero por medio de agentes de bolsa, consejeros, etc (esto es, de modo impersonal). Para los neoliberales, este sería el segmento que abarcaría a toda la población, en una sociedad sin clases.
3. Una clase empresarial que compra y vende fuerza de trabajo y demás insumos para la producción. Es una categoría que recorre transversalmente a las clases tradicionales, pues sus circuitos se extienden según cuánto dinero manejen, en un amplio espectro². A nivel microsituacional, estas personas negocian con otras personas en situaciones concretas y de mercado.
4. Los “famosos”, artistas y deportistas, que ganan mucho dinero gracias a compañías cuyo fin es generar un foco de atención común sobre su persona. Como el caso n°1, se les dificulta en un punto transformar toda su riqueza en consumo. Pueden invertir su dinero en un circuito ajeno,

como por ejemplo el financiero, pero en general fracasan. Lo más probable es que inviertan en el mismo circuito de Zelizer, el espectáculo, mediante alguna productora, empresa de medios, etc; así se comprueba que mantenerse en el circuito es más seguro que salir, en términos rituales y de EE.

5. Los infinitos circuitos de clase media y trabajadora, para quienes el dinero se traduce en consumo. Para consumos cotidianos, se valen de redes impersonales (mercado, tiendas); para consumos extraordinarios (casa, auto), suelen recurrir a contactos personales. Al ser tan abarcador, los situados en la parte inferior tienden a desconocer lo que sucede por encima de ellos (siempre en términos de circuitos interaccionales).
6. Diversos circuitos “de mala reputación o ilegales”. Es una categoría por demás interesante, ya que tomada en abstracto (por ejemplo, en términos de cantidad de dinero movilizado) se la podría asociar a la “clase alta”. Sin embargo, al hablar de circuitos de Zelizer, vemos cómo los integrantes de este grupo solo pueden hacer valer sus monedas sin problema *dentro del mismo*; para salir de él habría que recurrir a procesos de “lavado” y “blanqueo” que entrañarían otros RI.
7. Por último, en el nivel más bajo de la sociedad, tendríamos a los circuitos de la *underclass*: quienes reciben limosnas, vales de comida o diversas clases de ayudas económicas (como los pensionistas). Los circuitos de intercambio de estas personas están teñidos de deshonra porque a veces ni siquiera poseen dinero, sino que se manejan mediante “trueque”. Así, ven limitadas sus monedas de Zelizer, una vez más, a los límites de su circuito; pero con menos posibilidades de intercambio que los grupos anteriores. (Collins, 2009: 356-360)

Adaptando el concepto de clase de Max Weber a términos micro, la estratificación situacional descubre una amplia variedad de circuitos de intercambio económico emocional (circuitos de Zelizer) cuya indagación cuestiona el análisis de clase tradicional. “Podría decirse”, a modo de conclusión, “que cada circuito monetario tiene una cultura distinta, siempre que se recuerde que una ‘cultura’ (...) es (...) una manera abreviada de referirnos al estilo de los encuentros microsituacionales (Collins, 2009: 359).

Grupos de estatus e identidad

En las sociedades contemporáneas existen muchos grupos que no están definidos en términos de posición económica. En la tradición weberiana, a estos grupos “culturales” cuya diferencia pasa por su “estilo de vida” se los ha llamado “grupos de estatus”. ¿Qué realidad microsituacional tienen hoy en día?

Aquí Collins (2009: 362) se vale de los trabajos de Michèle Lamont (1992, 2000) sobre las fronteras de los grupos estratificados. Esta investigadora analizó las divisiones establecidas entre obreros en Francia y Estados Unidos, por ser blancos o negros, nativos o inmigrantes, etc. La lectura de Collins es que individuos situados en cadenas interaccionales diferentes hacen valer símbolos

de estatus tales que se colocan a ellos como “buena gente”, “honestos” y “trabajadores”, y a “los otros” como los malos de toda maldad.

Los RI en que los grupos de estatus tienen realidad microsituacional son ubicados a lo largo de un continuo, desde los más enfocados y formales (como las ceremonias oficiales o reales) hasta los encuentros dispersos y casuales, muy poco enfocados. En el Gráfico 2 podemos verlo mejor.

G02

Según cuán concentrados sean el foco de atención común y el estado emocional compartido, se dará una mayor o menor producción de EE y, en términos de estatus, se reforzará o bien una identidad categorial (para Collins, en retroceso hoy en día) o bien una reputación personal.

Las ceremonias formales son pródigas en EE. “Todas las ceremonias reactivan membresías sociales, pero unas intraconectan a comunidades más laxas que otras”, postula Collins (2009: 365), pues no dejan de ser RI raros en la vida cotidiana de las personas (no ocurren con frecuencia). Las menos enfocadas, por el contrario, son aquellos RI improvisados e informales, como los almuerzos entre amigos o los encuentros en la calle.

El núcleo, sin embargo, está en el medio: los “grupos de estatus weberianos” realizan sus RI por aquí, ya que no son tan formales pero tampoco improvisados; se reactualizan con más frecuencia que las ceremonias formales, pero no son algo cotidiano del estilo de las situaciones públicas goffmanianas, como cabecear con cortesía ante un conocido en la calle (Collins, 2009: 365).

Los RI de los grupos de estatus sirven para definir y reactualizar sus fronteras. Cuanto más públicamente se los convoque y se actúen, estas serán más visibles (por ejemplo, las cenas de caridad del Jockey Club). Estas fronteras pueden llegar a difuminarse si se basan en rituales de sociabilidad débilmente enfocados, lo cual ha sucedido a lo largo de la historia con cambios políticos o culturales sostenidos³. Los rituales formales, entonces generan “identidades categoriales”, con tendencia a permanecer mientras el RI se reactualice. Por el contrario, los RI de sociabilidad difusa solo resultan en “reputaciones personales”, volátiles y frágiles (Collins, 2009: 367).

Es la membresía lo que está en juego en los rituales de estatus. Así, si son poco enfocados, aquellos que quieran asegurar su pertenencia deberán actuar de modo estentóreo y marcadamente expresivo, de modo tal de imprimir su carácter en los otros miembros y ser recordado para la posteridad.

Los rituales de estatus weberiano están presentes por doquier en la vida social. No vale la pena hacer un recuento de ejemplos, desde las pandillas juveniles hasta los fanáticos de cierto equipo de fútbol. Son grupos jerárquicos que comparten un estilo de vida y se diferencian de otros en RI que reactualizan su membresía. “Una jerarquía de estatus abstracta –como pueda ser una escala de prestigio ocupacional–”, contrapone Collins (2009: 369), “es algo que dista mucho de la distribución de experiencias que producen los estatus microsituacionales”.

El poder de mando y el poder efectivo

El concepto de “poder” no es central en los análisis tradicionales de estratificación. Así, los enfoques marxistas (Gubbay, 1997; Wright, 1985) focalizan en la “explotación” que tiene lugar en el trabajo asalariado capitalista, en el cual la distinción clave es entre trabajo necesario y trabajo excedente (o “plustrabajo”); es decir, el necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, que está incluido en el salario, por un lado; y el trabajo que produce la plusvalía y no es remunerado, sino que es apropiado por el capitalista, por el otro. El poder, entonces, sería privativo de una clase, la clase burguesa, y su fin sería ejercer la explotación del proletariado para poder seguir viviendo sin trabajar. En los análisis weberianos, por otra parte, la clásica definición del propio Weber —la capacidad de imponer a otros la propia voluntad, aún contra toda resistencia— ha perdido su potencial explicativo.

En la vida cotidiana experimentamos infinitas situaciones de ejercicio del poder. Desde un burócrata negándonos algún trámite (ejemplo de lo que Roemer [1982: 243], llamaba “explotación basada en el *estatus*”, cit. y criticada por Wright, 1985: 17) hasta la policía reprimiendo manifestaciones populares, en un nivel microsituacional resulta simplista manejarse con ese solo concepto. En principio podríamos distinguir entre “el poder de imponerse a otros en la situación inmediata y el poder de alcanzar los resultados pretendidos” (Collins, 2009: 380). Para estos tipos, la estratificación situacional propone los términos Poder-D y Poder-E.

El Poder-D es el poder de mando o de recibir deferencia. Un capataz que pasa por detrás de la fila de obreros que están bromeando en lugar de trabajar y les grita “¡a trabajar, perezosos!” está ejerciendo un Poder-D: seguramente, los obreros bajarán la cabeza y retomarán sus tareas. Ahora, no es tan seguro que tras desaparecer el superior todo continúe así. El Poder-D “configura la ‘cultura’ de las relaciones personales incluso cuando no tiene ninguna conexión con el Poder-E” (Collins, 2009: 381). En los RI cotidianos de deferencia, el Poder-D es el ejemplo arquetípico de la actuación de roles goffmaniana.

El Poder-E es macro, se ejerce generalmente a distancia y es trans-situacional. Para Collins (2009: 380 y ss.) está en franco retroceso. Es la clase de poder en la que se piensa en términos de fuerza y desigualdad: una persona con “más poder” impondrá su voluntad (siguiendo a Weber) a una de menos. Es también la clase de poder que más fácilmente puede ser asociada, de modo mecánico, con la posesión de otra clase de atributos: dinero, “credenciales” o “bienes de organización”⁴.

Esta distinción, en apariencia tan sencilla, probará ser de enorme utilidad para el análisis de la estratificación situacional.

LA ESTRATIFICACIÓN SITUACIONAL EN ACCIÓN: DOS EJEMPLOS

Con los ejemplos que presentaré a continuación, de mi experiencia personal reciente, intentaré poner en juego los conceptos desarrollados en la parte central del trabajo. Sin ánimo de generalizar, pretendo abrir el camino para futuras investigaciones.

La primera situación ocurrió en noviembre de 2010, un domingo a la noche. Estaba con mi novia haciendo tiempo por la zona de la Plaza de los Dos Congresos. En un momento decidimos ir a tomar una cerveza. Los pocos restaurantes que estaban abiertos eran muy caros y terminamos cayendo en un autoservicio chino.

Botella en mano nos sentamos en la entrada de un edificio, apenas a unos metros del local, que ya estaba cerrando. Estábamos exactamente en Sarmiento y Callao y eran alrededor de las 10 de la noche. No habíamos tomado dos tragos cuando se nos acercó un muchacho de alrededor de 20 años, medianamente harapiento, que había dejado estacionado un gigante carro de cartones unos metros atrás, por lo que inferí que se trataba de un “recuperador urbano”, mejor conocido como “cartonero”.

El diálogo fue algo así:

- Eh, amigo, ¿no me ayudan con una moneda?

- No, no... –mirada esquiva, fue mi respuesta.

Hasta ahí típica situación de la ciudad de Buenos Aires, más aún en el centro y a la noche. No pasaban peatones por la calle; muy pocos autos. Dos o tres personas esperaban el 146, a unos metros de nosotros.

- ¿Y no me convidás un trago, eh? –aventuró, apuntando con su mirada hacia la cerveza.

- No, no... –lo mismo. Para mis adentros ya quería que se fuera y nos dejara tranquilos de una vez.

- ¿Cómo que no? –me retrucó, decidido.

Por primera vez lo miré a la cara. Tenía una expresión entre incrédula y amenazante. Estaba parado frente a nosotros, dificultándonos el paso ante una hipotética huida. Lo que se me pasó por la cabeza en ese momento fue que no sería fácil deshacernos de él tras dos respuestas negativas, *en su territorio*. Eso fue lo que pensé: él podía ejercer este poder situacional (aquí sí habría tanto Poder-D, en un primer momento, como Poder-E, a continuación) porque se encontraba en terreno conocido: la calle, la noche, el centro desolado.

Estaba con mi novia, no quería pasar un mal momento y, la verdad, tuve miedo. Así que agarré la botella y riéndome, se la entregué:

- ¡Seeeeeeee, cómo nooo! –le dije, aparentando relajo y camaradería.

Con la misma cara de desconfianza, algo más aliviado, tomó apenas un trago corto, me la devolvió y regresó a buscar su carro para internarse en la noche.

Esta situación, reflexionando tras la exposición de la estratificación situacional, puede servirnos para pensar. Todas las situaciones de robo o “apriete” comparten algunos elementos vislumbrados aquí⁵. Una persona que ni siquiera entraría en el cuadro de doce clases de Wright (1985: 27) sino que más bien sería lo que Robert Castel (1997) llama un “inútil para el mundo” dominó *situacionalmente* a dos jóvenes que, *estructuralmente*, estaban por encima suyo. Se ve nítidamente cuál eje de análisis adquirió mayor peso.

El circuito de Zelizer por el que se movería el joven seguramente era el número 7 de Collins (2009: 359-60), “la clase social más baja, en los márgenes de la sociedad”, esos muchachos retratados en novelas como *La Villa* de César Aira. Con sus cartones a cuestras, quizás generaría ingresos para mantener a una familia y, apenas, sobrevivir.

En términos de estatus, los RI en que participaría seguramente estarían más cerca del extremo inferior (rituales débiles que solo generan reputaciones personales y locales, transitorias) que del lugar intermedio de los rituales weberianos; muy lejos quedarían los RI formales, enfocados y rígidos.

Sin embargo, la situación que aquí conté se trató de un RI exitoso para él: pudo ver acrecentada su EE al obtener lo que deseaba, en una situación controlada en la cual la retroalimentación de un foco de atención coincidente y un estado emocional compartido no resultó en conflicto manifiesto. El foco de atención fue la acción de pedirnos monedas y luego cerveza, que los tres entendimos rápidamente y transitamos de principio a fin, con las reglas de cortesía y deferencia manejadas por él (que, recordemos, detentaba Poder-D y Poder-E); el estado emocional al principio no fue compartido, pues nosotros no queríamos convidarle, pero su cambio de actitud hacia un pedido menos amistoso fue suficiente para que entendiéramos que lo conveniente para acabar el RI con éxito sería ceder (el “estímulo emocional transitorio” que lo impulsó, en mi caso, fue el miedo; ver Gráfico 1). Fue un ritual casi de manual.

La segunda situación ocurrió unas tres semanas después. Era un lunes a la noche y tenía que encontrarme con una amiga en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Puán. A eso de las 10.30 me fui a tomar el colectivo 134 para volver a mi casa. Era un coche bastante moderno y venía vacío. Me senté en un asiento individual de la parte trasera, con la ventana a mi izquierda.

Tenía hambre y me acordé de que tenía dos sándwiches de jamón y queso en la mochila. Saqué uno y empecé a comer. Tras menos de 5 minutos de viaje por Juan B. Alberdi, nos agarró el semáforo en Av. Carabobo. Por nuestra izquierda venían dos muchachos “cartoneros”, tirando de un gran carro lleno de cajas, botellas y cartones. Entonces veo que uno, el más chico, empieza a caminar lentamente hacia el colectivo, mirando para atrás por si venía algún auto por la avenida desierta. Y el otro le dice “pedile un cacho”, sin darle mayor importancia al asunto. Parecería que era justamente lo que el otro estaba pensando, porque sin responderle se paró bajo mi ventanilla:

-Eh, amigo, ¿me convidá' un pedazo? –me preguntó.

Yo, sin dudarlo, le di lo que quedaba de ese, mi primer sánduche.

-Sí, dale, tomá –y se lo pasé por la ventanilla.

-Gracia' –me respondió feliz, y volvió al encuentro de su compañero, tal vez su hermano, con quien compartiría la comida.

Esta situación comparte algunas características con la primera, evidentes; más interesantes son sus diferencias. En primer lugar, el Poder-D fue ejercido por mí: *él me pidió comida, yo se la di y él me agradeció*. Yo estaba *por encima* de él –literal y estructuralmente. Por eso fue que, inconscientemente, ni dudé en darle un pedazo de mi sánduche. Ningún peligro me esperaba: estaba arriba del colectivo, había luz y me dirigía a mi casa.

Distinto hubiera sido el RI si todo hubiera sucedido, por ejemplo, en la calle, en la parada. Ahí habría pasado lo del ejemplo anterior; aunque, a decir verdad, nunca se me hubiera siquiera ocurrido sacar un sánduche parado de noche esperando un colectivo solo, en esa zona, porque mi voluntad de acceder habría quizás derivado en un robo “por confiado”. La situación “micro” define las formas de acción e interacción, y moldea la estratificación situacional según el caso, sin seguir necesariamente los esquemas estructurales conocidos de poder, clase y estatus.

El resultado de este RI fue beneficioso para ambas partes. El foco de atención coincidente y el estado emocional compartido fueron, ahora sí, definidos y retroalimentados fuertemente por los dos. Él me pidió algo de un modo tal que yo juzgué adecuado como para acceder. El resultado fue un incremento de la EE: él disfrutó de su sánduche y resolvió con éxito el requerimiento de su amigo/ hermano; yo hice mi buena acción del día. Nótese, sin embargo, que no se trata de un tipo de acción racional y calculada, como en la *rational choice theory*: acá el centro está en las emociones y en la situación concreta, experimentada por las personas.

CONCLUSIONES

Las voces que han augurado una “pérdida de sentido” de las clases en la sociedad contemporánea han despertado mucha inquina entre los investigadores de la estratificación social. En primer lugar porque esas voces generalmente se han colocado en posiciones políticas reaccionarias y hasta cínicas, al volcarse por otro tipo de respuestas ante la evidente agudización de la desigualdad social. En segundo lugar, porque metodológicamente quienes tienen el diagnóstico sobre qué es y qué no es “serio” son los investigadores consagrados. Así, Goldthorpe y Marshall (1992: 387) pueden sentenciar que los que “declaran que la clase ha perdido su fuerza explicativa como consecuencia de las diversas tendencias actuales de cambio económico y social” no son capaces de enarbolar evidencias que lo avalen, o en sus palabras, “apoyo empírico adecuado [*adequate empirical support*]” (ibídem). Si el hecho de no presentar “análisis de cohorte o estudios de panel o longitudinales”⁶ (ibídem) invalida *in*

toto una crítica, el programa de la estratificación situacional no podrá siquiera aspirar a un lugar en sus espacios.

No es fácil ubicar a la estratificación situacional en alguna tradición de análisis de clase. No es marxista, pues no parte de una determinación de las relaciones sociales por la base económica ni se interesa por la “explotación” en el trabajo cuyo fin es extraer plusvalía del proletariado. Tampoco es weberiana, ya que no “parte de identificar desigualdades en la posición económica y la estructura ocupacional para después explorar sus consecuencias en las oportunidades de vida, la conciencia y la acción” (Gubbay, 1997: 84).

Se podría decir que la estratificación situacional no es “estratificación social”. Algo de eso hay. Al igual que la TRI de la cual parte, se trata de un método de microsociología radical, interesado por las experiencias cotidianas, cara-a-cara, de la personas. Como la desigualdad y la jerarquía son también vividas individualmente, si bien se las puede analizar desde un macronivel, la estratificación situacional se propone como un “lente” para mirar estas situaciones. Los dos ejemplos que traje a colación *supra*, de mi vida personal, pretenden servir de muestra para proyectos de investigación futuros y a largo plazo.

La estratificación situacional es un programa en cierto sentido *débil*: no conlleva una visión de la Historia ni promueve un cambio revolucionario de la sociedad. Tampoco pretende reemplazar al tradicional análisis de estratificación –nadie dice que no requiera una lavada de cara, pero no será tarea de este método. La imagen de la sociedad que maneja la estratificación tradicional es “obsoleta (...) [pues] se remonta a los tiempos de Marx, una época en que la realidad microsituacional estaba mucho más estrechamente ligada a la distribución de la propiedad y el poder” (Collins, 2009: 386).

No creo, sin embargo, que el programa de estratificación propuesto por Collins sea perfecto ni tan omniabarcador como él pretende. En sociedades tan desiguales como las latinoamericanas, sostener que los RI de la vida cotidiana se resuelven con independencia de ciertos elementos estructurales (en el sentido de que no son microsituacionalmente modificables) es, cuanto menos, problemático. Además, la estratificación tradicional en Argentina ha dado trabajos muy bien realizados y cuyos hallazgos han sido útiles para el desarrollo de políticas públicas en áreas de salud, vivienda y demás cuestiones sociales para las cuales los datos etnográficos no serían suficientes⁷.

Sin embargo, coincido plenamente en que “[e]n todo período histórico la macroestructura está siempre formada por microsituaciones” (Collins, 2009: 386). Las clases no actúan; los partidos políticos no actúan: por definición, son las personas las que actúan. Toda macrosociología está fundada en lo micro, y los datos microsituacionales tienen prioridad epistemológica por sobre los macro.

Si queremos analizar la estratificación situacional de la vida cotidiana, debemos prestar atención a los que ocurren constantemente a nuestro alrededor –y también los que protagonizamos nosotros– en términos de clase, estatus y poder. Así podremos ver de qué manera se divide nuestra experiencia, alejándonos

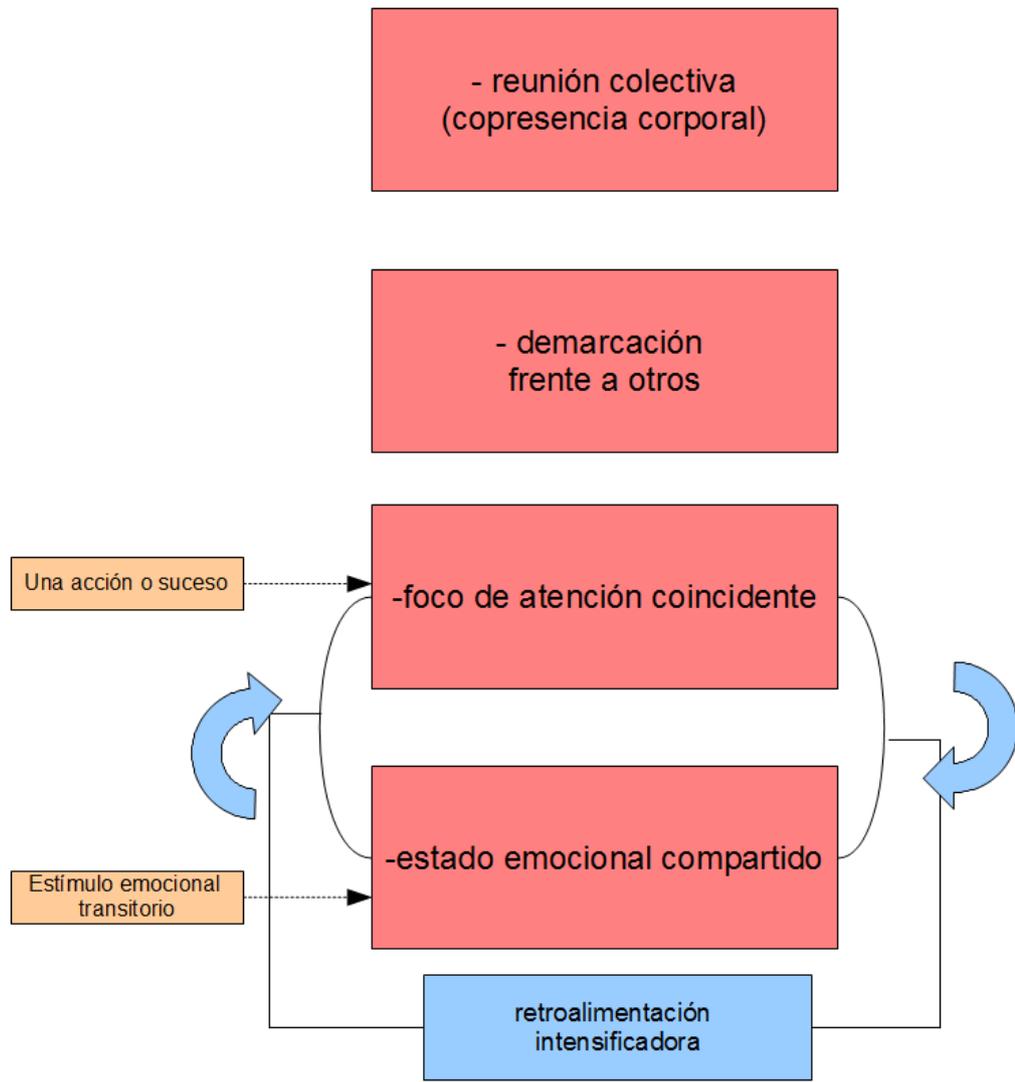
tanto del individualismo romántico como del determinismo estructural. ¿Quién dijo que sería fácil?

BIBLIOGRAFÍA:

- BOTTERO, Wendy (2004) "Class identities and the identity of class". *Sociology*, 38 (5): 985-1003.
- CASTEL, Robert (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- COLLINS, Randall (2009) *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos.
- CROMPTON, Rosemary (1994) *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Tecnos.
- CROMPTON, Rosemary y J. SCOTT (2000) "Introduction: the state of class analysis", en R. CROMPTON, F. DEVINE, M. SAVAGE y J. SCOTT (eds.) *Renewing class analysis*, Oxford, Blackwell, pp. 1–15.
- GIDDENS, Anthony y Karen BIRDSALL (colab.) (2001) *Sociología*, Madrid, Alianza (4a ed.)
- GOFFMAN, Erving (1971) *Relations in public: Microstudies of the public order*, Nueva York, Basic.
- _____ (1963) *Behaviour in public places: notes on the social organization of gatherings*, Nueva York, Free Press.
- GOLDTHORPE, John y Gordon MARSHALL (1992) "The promising future of class analysis: a response to recent critiques". *Sociology*, 26 (3): 381–400.
- GUBBAY, Jon (1997) "A marxist critique of Weberian class analyses". *Sociology*, 31 (1): 73 – 89.
- JORRAT, J. Raúl (2000) *Estratificación social y movilidad: un estudio del área metropolitana de Buenos Aires*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- LAKATOS, Imre (1983) *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza.
- LAMONT, Michèle (2000) *The dignity of working men: morality and the boundaries of race, class and immigration*, Cambridge, Harvard University Press.

- _____ (1992) *Money, morals and manners: The culture of the french and the american upper-middle class*, Chicago, University of Chicago Press.
- REAY, Diane (2005) "Beyond consciousness? The psychic landscape of social class". *Sociology*; 39 (5): 911–928 .
- _____ (1998) "Rethinking social class: qualitative perspectives on class and gender". *Sociology*; 32 (2): 259–275.
- ROEMER, John (1982) *A general theory of exploitation and class*, Cambridge, Harvard University Press.
- RUNCIMAN, W. G. (1974) "Towards a theory of social stratification", en Frank PARKLIN (ed.) *The social analysis of class structure*, Londres, Tavistock, pp. 54–101.
- SAUTU, Ruth, Paula BONIOLO, Pablo DALLE y Rodolfo ELBERT (2005) *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*, Buenos Aires, CLACSO.
- SAVAGE, Mike (2000) *Class analysis and social transformation*, Oxford, Oxford University Press.
- SAYER, Andrew (2002) " 'What are you worth?': Why class is an embarrassing subject". *Sociological Research Online*; 7 (3).
 Disponible online en <<http://www.socresonline.org.uk/7/3/sayer.html>>
 [Consulta: 25 de mayo de 2011]
- SØRENSEN, Aage (1996) "The structural basis of social inequality". *American Journal of Sociology*; 101 (5): 1333–1365.
- WEBER, Max (1968) *Economy and society*, Nueva York, Bedminster.
- WIRTH, Louis (1988) [1938] "El urbanismo como modo de vida", en Mario BASSOLS, R. DONOSO, A. MASSOLO y A. MÉNDEZ (comps.) *Antología de sociología urbana*, México, FCPS-UNAM, pp. 162–182.
- WRIGHT, Erik Olin (1985) "¿Qué hay de 'medio' en la clase media?". *Zona abierta*, 34-35: 3-36.
- ZELIZER, Viviana (1994) *The social meaning of money*, Nueva York, Basic.

Gráfico 1. Esquema básico del ritual de interacción.



Fuente: Elaboración propia en base a Collins, 2009: 72.

Gráfico 2. Continuo de rituales de estatus

Rituales formales → Identities categoriales

Altamente focalizados. RIs programados que siguen un guión previo.

I. Ceremonias oficiales
(organización formal en acto)

II. Situaciones de sociabilidad

III. Situaciones públicas
abiertas

Rituales informales → Reputaciones personales

Foco de atención disperso. RIs no programados.

efímeras, situacionales

Fuente: Elaboración propia en base a Collins, 2009: 364.

* Agradezco al Dr. Raúl Jorrat, Manuela Castañeira y Manuel Riveiro por haberme introducido en los meandros de la estratificación social durante mi año de trabajo en el Centro de Estudios de Opinión Pública (CEDOP), hoy Área de Estratificación Social del Instituto Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales-UBA). Las discusiones con ellos y con Santiago Rodríguez, Pablo Dalle y el resto del equipo incentivaron mi interés, si bien lateral y tímido, en estos temas que hasta entonces desconocía.

1 Este segundo ejemplo de RI es por demás interesante. A él le dedica el capítulo 5, “Símbolos interiorizados: el proceso social de pensamiento”, y termina hablando de “rituales interiores” y “solidaridad consigo mismo” por medio de los pensamientos “para uno” que todos (y en especial los intelectuales) tenemos.

2 Aquí entrarían tanto los propietarios de los medios de producción como los que controlan “bienes de organización”, en el sentido de Wright (1985: 26). Recordemos que estamos clasificando circuitos de Zelizer y no una relación con los bienes de producción, organización y cualificación.

3 El caso de las Madres de Plaza de Mayo podría ser un ejemplo. Reuniéndose todos los jueves desde abril de 1977, generaron un grupo de estatus fuertemente enfocado, con límites claros y reactualización potente, así como una distintiva señal hacia afuera. Cuando en 2006 decidieron abandonar las “Marchas de la resistencia” porque en su opinión ya no había “un enemigo en la Casa Rosada”, podríamos pensar que el RI había perdido su realimentación de foco de atención común y el estado emocional ya no era tan compartido. Entonces, la EE de ese RI decayó y se volcó a otras expresiones.

4 Wright (1985) estaría confundiendo, según esta conceptualización, Poder-D y Poder-E, al suponer que el mero hecho de tener más “bienes de organización” (por ejemplo, cuatro obreros a cargo) (más Poder-D) significa una posición más alta en la estructura de clases (más Poder-E). O mejor dicho: puede cerrar con su análisis de clase, pero no se corresponde necesariamente con la experiencia vivida de la jerarquía y el poder en el ámbito de su análisis (por ejemplo, una fábrica).

5 Sería muy interesante un enfoque de la TRI en sociología del delito: los robos y atracos son situaciones microsituacionales perfectamente delimitadas, en las cuales todos los elementos de los RI aparecen con nitidez. De hecho, trabajos recientes como el libro de Gabriel Kessler, *El sentimiento de inseguridad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, recogen expresiones de víctimas de delito que declaran “impotencia”, “angustia” o lisa y llanamente “tristeza” tras los hechos: esto es, una disminución apabullante de EE.

6 El original en inglés dice: “*cohort analyses or longitudinal or panel studies*” (Goldthorpe y Marshall, 1992: 387). La traducción, como en todos los casos en que la fuente está en inglés, es mía; desconozco si en la literatura del área estas clases de análisis cuantitativo llevan otros nombres.

7 El trabajo realizado por el Área de Estratificación Social del Instituto Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales-UBA) es un buen ejemplo. Bajo la dirección del Dr. Raúl Jorrat, el equipo ha realizado relevamientos mediante encuestas nacionales probabilísticas para organismos como el Ministerio de Salud de la Nación o el programa internacional ISSP.